

PEQUEÑO

Traje de papel, zapatos de cartón,
 esparto en la mirada, azul y gris,
 arqueada espalda, de greda y barro,
 dulce cara de niño, hollín y miel.

Manos sedientas de paz, de calor,
 pecho intranquilo, corazón de buje,
 aire abientado, respirar hastío,
 de suerte lastimera y pecado ingrato.

Ven a mi fuente, manantial de luz,
 bebe de mi espíritu, de mi fuerza,
 tejida en el monte, curtida en sudor,
 arada en la memoria, de dónde brotas tú.

Rompe el yugo de la falsa pasión,
 esclavo del tormento de la desolación.
 Sabes? Eres un esqueje de mi corazón,
 Oyes? Eres viento que silba en mi alma.

Y en las mañanas de sol oscuro, en la soledad de la multitud vacía,
 cuando el invierno se aloje en tu morada y el desánimo anide en ti,
 recuerda que brotas de mi Sierra, que eres y serás tierra de esta tierra.

Unce el coraje de tanto trabajo, forjado en sudor sólo para ti.
 Dame una sonrisa de blanca luz para poder seguir descansando,
 y déjame ver tu mirada de nuevo, una vez más, azul y azul.

Para todos los que han llorado alguna vez...
 ... al marchar del pueblo.

24 de agosto de 2008

Miguel Ángel Rubio Castillejo

TÍA TERESA

Ella eligió la soledad de su casa solariega,
 huyendo del ruido, de la gente y del asfalto.
 Se rodeó de plantas y de flores
 y construyó su mundo imaginario,
 ajena a la gran ciudad donde vivió su vida
 y al pasado.

Recuperó su infancia idealizada,
 rescató su juventud de los baúles olvidados
 y enterró, ya para siempre,
 el desamor y la tristeza,
 en los floridos romeros de su patio.
 Cultivó los bancales de su huerto
 y entre cojines y divanes,
 en la buhardilla levantó su santuario.
 Llenó las paredes de cuadros y recuerdos,
 desempolvó sus colchas de ganchillo
 y transformó en arte los objetos cotidianos.

Ahora, en cada amanecer,
 va con su sombrilla de colores caminando,
 acuestas con su artrosis galopante
 y el peso heptagenario de sus años.

Y cercena de todos los rosales
 las rosas mas preciosas para crear,
 con el alma ya seca de sus pétalos cortados,
 mil centros de pura fantasía
 y los más hermosos ramos.

Te recordaremos siempre
 por la casa y por las cosas trajinando,
 tejiendo y destejiendo lentamente,
 la vida con tus manos.

Y ya nada será igual;
 ni el perfume del jazmín,
 ni el brillo cegador y limpio
 de tus calderos dorados,
 ni las puestas de sol en el otoño,
 ni el vuelo alegre de los pájaros...
 Crecerán las hierbas en tu puerta,
 las golondrinas anidarán en tu tejado
 y en las flores aladas de tu huerto
 o en la frondosa higuera de tu patio,
 flotará tu alma de eterna primavera
 y habitará tu espíritu encantado...

Carlos Solano Oropesa Agosto, 2007